

**LO QUE YO SÉ**  
**DE LA PAZ**

ANDRÉS PASTRANA ARANGO

## **TABLA DE CONTENIDO**

### I. PREPARANDO EL CAMINO

- Introducción
- Los Abuelos
- El Padre
- El Frente Nacional
- Los Primeros Pasos
- La Vida Pública

### II. LA MÁS GRANDE APUESTA POR LA PAZ

- Un Mandato y una Propuesta
- Lanzando la Paz
- Una Paz Integral
- El Proceso con las FARC
- Aproximaciones con el ELN
- Lo que nos deja el Proceso

### III. UN PAÍS POSIBLE

## **PREPARANDO EL CAMINO**

### **INTRODUCCIÓN:**

Hace casi siete décadas, en 1933, mi abuelo materno, Carlos Arango Vélez, escribió un polémico libro, que fue ávidamente leído en su momento, al que tituló *“Lo que yo sé de la Guerra”*. Con su amplia formación jurídica y su estirpe de penalista, en este documento dejó plasmados sus argumentos y su versión sobre las actuaciones que realizó como Ministro de Guerra en la administración de Enrique Olaya Herrera, entre el 27 de noviembre de 1931 y el 23 de mayo de 1932.

Fueron tiempos cruciales, cuando se jugó la suerte del país en las vísperas de lo que sería el conflicto con el Perú, tiempos en que Arango Vélez tomó decisiones complejas y valientes que defendió con ardentía, como el retiro de la guarnición de 35 hombres de la ciudad de Leticia, que luego sería atacada por los peruanos. Según su visión, esta guarnición era insuficiente para contener el ataque previsible y, en cambio, dejarla en su sitio y presentar batalla habría dado pie a posibles argumentos jurídicos del Derecho Internacional que favorecerían a los peruanos. *“Lo que yo sé de la Guerra”* es su testimonio sobre este evento, un testimonio que nunca quisieron escuchar en el Congreso de la República.

Como un homenaje a él y, en su persona, a todos aquellos que forjaron desde el pasado la vocación de trabajo por la paz que ha sido el norte de mis actuaciones como ciudadano y como gobernante, he titulado este texto *“Lo que yo sé de la Paz”*. Al igual que en su caso, en este libro se encontrarán los porqué y los ideales que marcaron una etapa definitiva en el destino de Colombia. Aquí quedarán plasmados los antecedentes, los hechos y las expectativas de alguien que se jugó sin reservas por perseguir ese sueño colectivo de todos los colombianos en que se ha convertido la paz.

## LOS ABUELOS:

*“En lo pasado está la historia del futuro”* decía el ensayista español José Donoso Cortés. Yo siempre he mirado el pasado como un maravilloso libro abierto para quien quiera estudiarlo y descifrar sus claves. En él encuentro las raíces de mis convicciones y, más allá, la explicación de los complejos tiempos que vive Colombia, una complejidad que no ha surgido espontáneamente sino que es la sumatoria de muchos conflictos y tensiones que han formado el país que somos, con sus problemas que queremos dejar atrás y sus ventajas que estamos obligados a fortalecer.

También somos la suma de nuestros ancestros. Bien decía Edmund Burke: *“Las gentes que nunca se preocupan por sus antepasados jamás mirarán hacia la posteridad”*. A través de ellos y de sus actuaciones en el transcurso del siglo XX encuentro una vocación de trabajo por la paz que marcó un camino para mí y para el país que un día de junio de 1998 me entregó su confianza para conducirlo hacia el nuevo milenio.

Soy, sin lugar a dudas, un heredero de la concertación política. Basta mirar hacia atrás para comprobar que en mi familia, mis padres y sus ascendientes, hay una singular mezcla política que me distanció para siempre del sectarismo. A través de sus vidas descubro las de tantos colombianos que compartieron sus tiempos y sus desafíos y descubro el pulso de un país que ha vivido siempre en conflicto, pero que jamás ha renunciado a la esperanza ni a su derecho a la alegría.

El siglo XIX, que nos legó la independencia política, fue también un siglo de continuas disputas internas y guerras civiles que nacían alrededor de discusiones económicas o políticas, como las que se daban entre el libre comercio y el proteccionismo o entre el centralismo y el federalismo, o en torno a los incipientes partidos políticos y sus caudillos. Mucha sangre corrió inútilmente por los caminos de la Patria, muchos muertos cayeron por ideales que no alcanzaban a comprender, hasta que la intolerancia alcanzó la cumbre del absurdo en la terrible guerra fratricida que marcó nuestro tránsito al siglo XX.

En poco más de tres años, entre finales de 1899 y fines de 1902, Colombia vivió y sufrió la Guerra de los Mil Días, que dividió al país en dos bandos movidos por intereses partidistas. ¡Cuántas familias actuales no cuentan entre sus memorias la suerte de jóvenes antepasados enfrentados a muerte, sin saberlo, en un mismo campo bélico! Pensar en una batalla, como la de Palonegro, donde por 15 días se enfrentaron más de 25 mil compatriotas entre sí, con un saldo trágico cercano a los 2.500 muertos, nos estremece con toda razón.

Por esos días de inicios de siglo culminaba su vida pública el General y abogado cartagenero Joaquín F. Vélez, un conservador convencido como pocos de su doctrina política, quien se enfrentó en 1904 al General Rafael Reyes, de su propio partido, por la Presidencia de la República, resultando vencido en unos comicios de dudoso y polémico escrutinio.

El General Vélez, tan conservador como era, se cuenta, sin embargo, entre los antepasados de mi abuelo materno, Carlos Arango Vélez, un caudillo liberal que fundó con Jorge Eliécer Gaitán el movimiento Unión Izquierdista Revolucionaria, UNIR, que proclamaba la necesidad de las más ambiciosas reformas laborales y de tierras, en contra de los acumuladores de capital y latifundistas.

Carlos Arango Vélez, “el Ave Tormenta”, se caracterizó como orador y jurista, y enfrentó su nombre en 1942 a la candidatura reeleccionista de Alfonso López Pumarejo. En dicha ocasión contó con el apoyo de una fracción de su partido y de todo el partido conservador, y perdió en unas reñidas elecciones. Él fue un gran admirador del General Benjamín Herrera, héroe liberal de la Guerra de los Mil Días y firmante de la “Paz de Wisconsin”, quien acuñó esa frase que todavía cala en nuestra conciencia: *“La Patria por encima de los partidos”*.

Esas son las paradojas de Colombia. Partidos que se hacían la guerra entre sí convivían en el seno de una misma familia e, incluso, se apoyaban en proyectos políticos y de gobierno.

Por la línea paterna, las influencias bipartidistas no fueron menores. El general Arturo Borrero y el ingeniero Julio Borrero, quienes fueron

gobernadores del Huila y tíos abuelos de mi padre, así como Joaquín Borrero, su abuelo, eran activistas liberales

Por el contrario, la familia Pastrana tenía toda una tradición conservadora. Pero no sectaria. Mi abuelo Misael Pastrana Pastrana no sólo se casó con la hija de una familia liberal sino que fue siempre contrincante en el Huila de un sector de su partido conocido como el “charrismo”, el cual, bajo la influencia de monseñor Esteban Rojas, mantenía un férreo dominio sobre el departamento. Fue gobernador encargado del Huila, Presidente de la Cámara y del Senado de la República, y durante su carrera política colaboró con gobiernos liberales, como el de Enrique Olaya Herrera, soportando las duras críticas de otros conservadores, enemigos de cualquier cooperación bipartidista.

En ese entorno, hijo de las ideas liberales de los Borrero y los Perdomo, y del talante conservador de los Pastrana, nació y creció mi padre Misael Pastrana Borrero.

## **EL PADRE:**

Nacido en Neiva, en 1923, Misael Pastrana Borrero vivió con intensidad el siglo XX, con su cambiante fisonomía y su acelerado ritmo, como un testigo de excepción de los acontecimientos mundiales y un protagonista de la vida nacional.

Sus tiempos de estudiante de provincia, aplicado a sus estudios con los jesuitas en el Colegio de San Bartolomé de Bogotá, se vieron interrumpidos el 24 de julio de 1938, a sus 14 años, cuando se encontró entre las víctimas de la tragedia aérea del campo de Santa Ana, en el barrio Usaquén de la capital. Un avión “Hawk” que participaba en una revista aérea se vino al suelo, causando decenas de muertos y heridos entre el público, incluyendo al joven neivano que alcanzó a estar contado entre los muertos pero que sobrevivió milagrosamente, con graves quemaduras en su rostro.

De este accidente le quedó a mi padre la amistad y tutoría perpetuas del doctor Mariano Ospina Pérez, un empresario antioqueño y líder conservador, hombre de paz y de concordia, que se hizo cargo, junto con su esposa Bertha, de la recuperación del joven Pastrana.

Un lustro después, -ya graduado como abogado de la Universidad Javeriana-, Misael Pastrana regresó a Neiva, donde fundó el semanario "El Porvenir", como un homenaje a Rafael Núñez, por cuya obra política e intelectual sentía profunda admiración. Tenía sólo 21 años, pero su inclinación a la concertación ya se dejaba notar en esta frase que escribió en un editorial de su semanario: *"No soy, ni pretendo ser un hombre de partido; sólo anhelo una Patria grande, sin indignidades ni dobleces"*.

Esta vocación anti-sectaria y nacionalista lo acompañó toda la vida, tanto así que, en 1984, cuando fue recibido como miembro honorario de la Academia Colombiana de Historia, dedicó su discurso al análisis de la vocación de convivencia bipartidista del país, desde la Regeneración de Rafael Núñez, pasando por la Unión Republicana en 1909, la Concentración Patriótica Nacional en 1930, la Unión Nacional en 1946 y, finalmente, el Frente Nacional, del cual él fue su último representante, entre 1958 y 1974.

Triunfante su protector y amigo Mariano Ospina Pérez en las elecciones de 1946, Misael Pastrana fue nombrado Secretario de la Embajada de Colombia ante la Santa Sede, donde servía como Embajador el destacado líder liberal Carlos Arango Vélez, a quien Pastrana, a pesar de profesar ideas distintas, tenía una gran admiración. Allí conoció a mi madre, María Cristina Arango, con quien habría de casarse en 1952.

Estando el Embajador Arango Vélez en Bogotá, como delegado de Colombia ante la Novena Conferencia Panamericana que dio vida a la Organización de Estados Americanos, ocurrieron los terribles hechos del 9 de abril de 1948, cuando fue asesinado el popular caudillo liberal, y su antiguo compañero de luchas, Jorge Eliécer Gaitán.

Pastrana, como Encargado de Negocios a causa de la ausencia del Embajador, tuvo que explicar ante la Santa Sede los atentados contra las iglesias y bienes eclesiásticos, mientras recibía asombrado las noticias distantes de una violencia colectiva y desbordada que no se vivía en Colombia desde los tiempos de la Guerra Civil.

Sin duda, el 9 de abril parte en dos la historia del siglo XX para Colombia y se convierte en el punto de partida de una nueva violencia entre hermanos que aún no acabamos de remediar.

Vuelve, entonces, Misael Pastrana al país como Secretario Privado del Presidente Ospina Pérez y le corresponde acompañar el último periodo de gobierno de un hombre que, a pesar de haber buscado insistentemente la unión nacional y de haber persistido con obstinación en la conformación de gabinetes bipartidistas, se vio obligado a cerrar el Congreso y a clausurar las Asambleas Departamentales ante la cerrada oposición de que fue objeto.

Llega, entonces, al poder Laureano Gómez, el caracterizado líder conservador, y Misael Pastrana continúa siendo Secretario Privado por unos pocos meses. Luego sería nombrado en un cargo diplomático en Washington, regresa como Secretario General del Ministerio de Relaciones Exteriores y vive, desde la capital, el golpe militar que da el General Gustavo Rojas Pinilla al Gobierno de Gómez, apoyado por el liberalismo y por el ospinismo, dentro del Partido Conservador, ante la creciente violencia partidista que se había apoderado del país desde 1948 y que se propagaba como un incendio voraz alimentado por el viento.

Quienes no vivimos esos tiempos conocidos genéricamente como “La Violencia” hemos sabido de ellos por las historias de nuestros mayores y por los terribles testimonios gráficos que dan cuenta de decenas de campesinos decapitados con machete, del sanguinario “corte de franela”, de tantas y tantas atrocidades cometidas en nombre de una bandera azul o una roja, incendiado el entendimiento por el odio y la intolerancia.

Yo, por ejemplo, tuve referencias de algunos testigos directos, como el hoy General en retiro de la Fuerza Aérea, Belarmino Pinilla, quien fue piloto del helicóptero presidencial en el periodo de mi padre. Él me contaba, siendo yo muy joven, sobre sus experiencias como piloto durante la lucha contrainsurgente en la década del 60, cuando cayeron bandoleros como “Venganza”, “Chispas”, “Desquite”, “Sangrenegra” y Efraín González; cuando el coronel José Joaquín Matallana dirigió la “Operación Marquetalia” que dio origen a las FARC de hoy.

También podía uno enterarse por boca de quien menos se imaginara. Por ejemplo, nunca olvidaré las tremendas anécdotas que me contaba hace muchos años un palafrenero que había sido alguna vez guardaespalda de Guadalupe Salcedo, el famoso bandolero liberal.

En este contexto de “La Violencia”, el General Rojas Pinilla adelanta en 1953 el primer proceso de paz en Colombia, decreta una amnistía general e incondicional a los alzados en armas y logra la desmovilización de más de 3.500 hombres por todo el país, culminando con los comandados por Guadalupe Salcedo y Dúmar Aljure en los Llanos Orientales.

Infelizmente, la gestión pacificadora de Rojas y sus obras de progreso se vieron empañadas por algunos hechos de represión civil, incluida la clausura del diario El Tiempo, un acto de censura que generó la renuncia de un defensor apasionado de la libertad, como era Carlos Arango Vélez, quien a la sazón se desempeñaba como Embajador ante el Brasil.

Mi padre, que había sido nombrado por el General Rojas como Delegado ante el Consejo Económico de las Naciones Unidas y Gerente de la Caja Agraria en Nueva York, también decide renunciar y regresar a Bogotá, donde participa en actividades privadas, como la creación de la Asociación de Fabricantes de Productos Farmacéuticos -Afidro- y la Corporación Financiera Nacional.

Debo decir, además, que, por esos tiempos, en agosto de 1954, nací en la ciudad de Bogotá, a pocos días del nacimiento de la televisión en nuestro país, a pocos días de la muerte de 9 estudiantes en un

enfrentamiento con el ejército, el mismo mes en que el General Rojas inauguró la Catedral de Sal de Zipaquirá y en el que el Presidente del Brasil, Getúlio Vargas, se suicidó con un tiro en el corazón. Fue, además, el año en que nació, de la mano de “Bill Haley y los Cometas” el Rock and Roll.

Por herencia fui, entonces, un hijo del bipartidismo. Pero, por tiempo, soy un hijo de la dictadura y del rock’n roll. ¡Paradojas del destino!

## **EL FRENTE NACIONAL:**

La insistencia de Rojas en su reelección generó una nueva dinámica de acercamiento partidista que se concreta en la constitución de un Frente Civil que acaba por presionar su dimisión a favor de una Junta Militar; en los pactos de Benidorm, en 1956, y de Sitges, en 1957, y en la consecuente creación, aprobada por plebiscito, de un Frente Nacional en el que, para reconciliar la nación y dejar curar las heridas producidas por los odios partidistas, los dos partidos tradicionales alternan en el poder durante cuatro periodos entre 1958 y 1974.

El primer Presidente del Frente Nacional fue Alberto Lleras Camargo, a quien mi padre había conocido como Secretario General de la Organización de Estados Americanos, y bajo cuyo gobierno ocupa las carteras de Fomento, de Obras Públicas y de Hacienda.

Aunque su nombre fue propuesto por varios copartidarios, Misael Pastrana no aceptó figurar en la baraja de precandidatos conservadores para suceder la presidencia liberal de Alberto Lleras, y fue elegido Guillermo León Valencia, en tanto Pastrana desempeñaba un importante cargo en el sector privado, como Presidente de Celanese.

Fue un periodo convulsionado. Por una parte, en virtud de la Operación “Marquetalia” por la cual el Gobierno intentó, en 1964, acabar con una serie de “repúblicas independientes” formadas por campesinos revolucionarios -herederos del antiguo bandolerismo-, Antonio Marín, también conocido como “Manuel Marulanda Vélez” o

“Tirofijo”, junto con un puñado de hombres, decidió convertir su grupo en una guerrilla móvil y ofensiva, con reivindicaciones agrarias y postulados marxistas: las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia -FARC-.

Por otro lado, las ideas y el ejemplo de la revolución cubana de Fidel Castro en 1959, con la figura mítica del Che Guevara como emblema internacional, se habían regado como pólvora por el continente. El resultado en Colombia, entre otros movimientos, fue la creación en 1965 del Ejército de Liberación Nacional -ELN-, al cual pronto se uniría, para fallecer en su primer combate, el sacerdote Camilo Torres.

El mundo vivía el apogeo de la Guerra Fría; Estados Unidos fomentaba una cruzada mundial contra el comunismo, al tiempo que enviaba sus hombres y equipos a la Guerra del Vietnam, y la juventud, cansada de una política mundial que no comprendía, se refugió en el hippismo, en las drogas alucinógenas y en un mensaje idealista de libertad, paz y amor.

Ese fue el contexto de mi niñez y de mi vida hasta los quince años, enfrentado a una década decisiva para la humanidad y crucial para Colombia, en la que surgieron, en forma embrionaria, los grandes flagelos que aún aquejan al país: la violencia guerrillera y el problema mundial de las drogas ilícitas.

Cercano el fin del periodo Valencia, mi padre fue llamado por su buen amigo y ex-Presidente, Alberto Lleras Camargo, para conformar un comité bipartidista que promoviera la candidatura de Carlos Lleras Restrepo para el siguiente periodo, quien resultó elegido.

Bajo la administración Lleras Restrepo, Misael Pastrana es nombrado Ministro de Gobierno, un cargo donde pudo dar el primer impulso a la trascendental reforma constitucional de 1968 que estableció la planeación en Colombia, modernizó y reorganizó el Estado. Además, promovió la creación de más de 10 mil Juntas de Acción Comunal, como una forma de vincular a la gente, a los campesinos de las regiones más remotas, a su propio desarrollo.

Terminada su gestión en el Ministerio, pasó a ejercer la representación diplomática de Colombia ante el gobierno de los Estados Unidos, desde donde regresaría a fines de 1969 para presentar su candidatura para ocupar la Presidencia de la República en el último periodo constitucional del Frente Nacional.

El 19 de abril de 1970, en reñidas elecciones en las que se enfrentó al General Gustavo Rojas Pinilla, a Belisario Betancur y a Evaristo Sourdís, Misael Pastrana resultó elegido con una diferencia de más de 63 mil votos sobre su inmediato seguidor, el General Rojas. No obstante, como hace ya parte de la historia nacional, los seguidores del General, descontentos con la derrota, hicieron acusaciones de fraude al Gobierno, que no prosperaron, y de esa frustración nacería en enero de 1974 el Movimiento 19 de Abril, M-19.

Misael Pastrana presidió un Gobierno que hizo énfasis en lo social como la mejor forma de traer la paz a Colombia. Su propuesta la llamó el Frente Social, un frente que él definió como la integración de *“una Colombia dividida entre un país marginado y un país participante, capaz de instaurar mecanismos que permitan una soberanía compartida entre el Gobierno y el pueblo organizado, (...) una marcha solidaria de pobres y ricos para el progreso común”*.

En el tema de seguridad le correspondió enfrentar, sobre todo, la violencia generada por el ELN que era, entonces, la guerrilla más fuerte en el país. Con la “Operación Anorí” en Antioquia, en 1971, este grupo recibió la más grande derrota de toda su historia.

Sus planteamientos sobre seguridad nacional los había dejado claros desde antes de su posesión con estas palabras:

*“Lo digo categóricamente para que nadie se equivoque. Porque el hecho de que mi vida pública haya estado exenta de actos de violencia o de que no haya tenido participación en las cruentas experiencias que ensombrecieron al país en otras épocas puede haber creado la falsa impresión de que seré complaciente en el ejercicio de la autoridad política que la Carta confiere al Presidente con responsabilidad inexcusable. La ejerceré fielmente, dentro de los*

*límites constitucionales, pero sin ceder un centímetro de mis atribuciones cuando se trate de salvaguardar la paz de la nación, la tranquilidad de mis compatriotas, el orden republicano, los derechos de los asociados y la reputación de Colombia entre los pueblos extraños. Porque sin seguridad no se puede experimentar la paz y la justicia y sin estas bases esenciales todo progreso es débil e incierto”.*

En el campo internacional, el Gobierno Pastrana, en su apego al pluralismo como convicción de vida, generaría más de una sorpresa para los ortodoxos de derecha.

Por una parte, mantuvo una estrecha relación con la Chile izquierdista de Salvador Allende, con quien forjó, además, una verdadera amistad personal. Misael Pastrana fue el primer Presidente de América Latina en recibir en visita oficial al Presidente chileno, una invitación a la que se opusieron sectores del conservatismo. Luego, cuando el General Pinochet derrocó a Allende en un sangriento golpe militar, el gobierno colombiano amparó con el derecho de asilo a varios perseguidos chilenos.

Además, junto con Chile, Colombia fue la principal promotora en el seno de la Organización de Estados Americanos del principio de pluralismo político, que establecía el derecho de cada país a escoger su sistema político, económico y social, sin interferencias externas. Este principio, que ahora nos puede parecer obvio, pero que entonces –en plena Guerra Fría- era francamente revolucionario, fue finalmente adoptado por la OEA en 1985 mediante el Protocolo de Cartagena de Indias.

Por último, es destacable que durante el Gobierno Pastrana se establecieron las primeras aproximaciones con Cuba, después de una década sin relaciones. Éste sería el primer paso para el restablecimiento de relaciones diplomáticas en el siguiente periodo presidencial. No deja de ser una coincidencia que, 30 años después, durante mi Gobierno, se hayan mantenido buenas relaciones de amistad con este país y con el Presidente Castro, quien ha condenado las acciones de la guerrilla contra la población civil y facilitó su territorio para importantes conversaciones de paz con la insurgencia.

Pastrana, finalmente, después de un gobierno caracterizado por la convivencia entre los partidos, por la estabilidad económica y por medidas de apoyo a las clases populares, particularmente enfocadas en el tema de la vivienda, entregó el mando a su sucesor, el liberal Alfonso López Michelsen, quien venció al conservador Álvaro Gómez, el hijo de Laureano Gómez, en unas elecciones emotivas y pacíficas.

Después de 16 años de alternancia había terminado el Frente Nacional y el objetivo estaba logrado: los partidos otra vez se enfrentaban en la democracia, sin traumatismos ni violencia. Así lo resumió Misael Pastrana: *“Al último mandatario de un singular ensayo constitucional virtualmente sólo se le requería un título: el de magistrado en la definición democrática. Me esforcé en responder a ese compromiso moral y, en efecto, el país hizo el tránsito de gobierno a un mandatario del otro partido, en armonía y con dos colectividades unidas por primera vez en mucho tiempo”*.

Sobre ese gran “ensayo constitucional” que vivió Colombia entre el 58 y el 74 ésta fue su conclusión: *“El Frente Nacional salvó nuestra democracia y nos ha permitido, a pesar del turbión del momento, avanzar por caminos de progreso y buscar con serenidad salidas a las crecientes demandas sociales”*.

## **LOS PRIMEROS PASOS:**

Siendo mi padre todavía Presidente, en 1973, cuando yo tenía 18 años, un grupo de amigos y compañeros de colegio, junto con niñas estudiantes del Colegio Santa Francisca Romana, lanzamos una convocatoria que habría de marcar un hito en las campañas sociales en Colombia: realizar una caminata destinada a recoger fondos para la construcción de un Pabellón para Niños Quemados en el Hospital Lorencita Villegas de Santos.

La acogida fue abrumadora. Bajo el lema de “camina por los que no pueden caminar” más de medio millón de personas caminaron unidas por una misma causa, en medio del asombro y el apoyo de todo el

país. Ese fue, sin duda, un momento crucial en mi vida porque me ayudó a comprender que cuando se convoca a la gente en torno a los más nobles valores humanos, la gente sí responde, y lo hace con entusiasmo.

Al año siguiente repetimos la experiencia en diversas ciudades del país para apoyar obras en cada una de ellas, con el mismo éxito, y se reafirmó en mí la convicción de que la unión de miles y miles de personas caminando hacia un mismo objetivo de convivencia puede más que la violencia e intolerancia de unos pocos.

Vinieron entonces los años universitarios en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde me gradué como abogado con una tesis sobre Derecho Ecológico, un tema muy querido por mi padre, en cuyo gobierno se expidió el primer Código de Recursos Naturales y de protección del medio ambiente del mundo.

Él fue un defensor consagrado del medio ambiente, una causa que ocupó gran parte de sus últimos años de vida y que le valió un especial reconocimiento internacional. El respeto al medio ambiente - como él lo concebía y yo lo sigo creyendo- es otra forma de paz: la paz del hombre con la naturaleza y con su entorno.

El camino, por fortuna, me deparaba el desarrollo de una vocación que me llenó de satisfacciones: el periodismo. En 1978 fui co-fundador y primer Gerente de la revista "Guión" y, en 1979, fundador, director, presentador y reportero en el Noticiero "TV Hoy", una escuela de periodismo y de vida que me dio la oportunidad de ponerme en contacto directo con la realidad nacional e internacional en todas sus facetas.

En "TV Hoy" encuentro dos campos de acción igualmente apasionantes: Primero, lo internacional. "TV Hoy" es el primer noticiero que plantea el tema internacional como un aspecto de primer orden en cada una de sus emisiones. Es entonces cuando conozco y entrevisto a personajes de la talla de Javier Pérez de Cuéllar, Yaser Arafat o el General Pinochet, entre muchos otros protagonistas del siglo XX.

Segundo, el enfrentamiento contra el narcotráfico. En la década de los ochenta los periodistas nos dedicamos, con convicción y temeridad, a desenmascarar los carteles de la droga. Formamos un grupo de colegas al que le pusimos el nombre de “El Kremlin”, nos reuníamos en diversas casas, coordinábamos nuestras investigaciones y datos, y publicábamos los resultados simultáneamente en la televisión, la prensa y la radio. Fue una acción realmente contundente que mostró al país la funesta realidad de un negocio que entonces era visto con alguna complacencia o tolerancia por parte de la sociedad colombiana.

Como periodista gané varios premios nacionales y dos veces el Premio de Periodismo “Rey de España”, en una ocasión por un reportaje sobre los gamines de Bogotá y en otra por una crónica sobre las rutas del narcotráfico, desde la producción de las matas en Bolivia y Perú, pasando por su procesamiento en Colombia, hasta su consumo final en los Estados Unidos. Titulé a ese reportaje “La Ruta de los Dioses”, y fue un llamado de alerta a la sociedad colombiana y al mundo entero sobre una situación que se salía de las manos de Colombia para convertirse en un problema mundial.

Fueron tiempos difíciles. En 1984 la mafia asesinó al Ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla y el Presidente Belisario Betancur inició una guerra frontal contra los carteles con el arma que más les dolía: el tratado de extradición a los Estados Unidos.

Al mismo tiempo, en el gobierno de Betancur, que llegó a la Presidencia en 1982 con el apoyo integral de su partido conservador y de una buena parte de liberales e independientes, reunidos en torno a su mensaje esperanzador, se iniciaron procesos de paz con las FARC, el M-19 y el Ejército Popular de Liberación –EPL-.

Se avanzó con buena fe por el camino de la paz, pero pronto se rompieron las ilusiones. El símbolo más trágico de este rompimiento fue la toma a sangre y fuego del Palacio de Justicia en noviembre de 1985 por un comando del M-19, la cual terminó con el incendio y destrucción del edificio y la muerte de más de 100 personas, incluyendo 11 magistrados de la Corte Suprema de Justicia, abogados, empleados, hombres de la Fuerza Pública y guerrilleros.

Otra vez la violencia, la ciega violencia, daba una bofetada a una nación que se había congregado en torno a una esperanza de paz. Sin embargo, algo quedaba de ese proceso: la creación de un partido de izquierda –la Unión Patriótica- que se planteaba como una alternativa política para que las FARC finalmente abandonaran la lucha armada y la cambiaran por la lucha democrática.

Durante los años siguientes, sin embargo, aún esta pequeña llama fue apagada con sevicia. Los carteles del narcotráfico, y grupos privados armados por su dinero, iniciaron un proceso de exterminación selectiva sin precedentes. Asesinaron a Guillermo Cano, periodista director de “El Espectador” y todos los medios de comunicación nos silenciaron por un día entero, como rechazo a ese atentado contra la prensa, la integridad y la inteligencia. Asesinaron a los candidatos presidenciales de la Unión Patriótica, Jaime Pardo Leal y Bernardo Jaramillo, y a cerca de cuatro mil de sus activistas por todo el país.

### **LA VIDA PÚBLICA:**

Muchos de estos hechos los viví y conté a los colombianos desde el Noticiero “TV Hoy”, y otros los enfrenté desde mi ciudad, como Concejal de Bogotá. Entonces ocurrió un verdadero hito democrático para Colombia, como lo fue la primera elección popular de alcaldes en toda su historia. Propuse mi nombre para el cargo de Alcalde Mayor de Bogotá y, cuando estaba en plena campaña, un nuevo evento habría de ponerme en medio de esa violencia en que se convulsionaba el país.

El 18 de enero de 1988 fui secuestrado en mis oficinas de campaña, en el barrio Teusaquillo de Bogotá, y pasé una semana sin libertad, viviendo el mismo tremendo drama que han sufrido tantos colombianos. Los autores de mi secuestro operaban bajo las órdenes del famoso capo del Cartel de Medellín Pablo Escobar, dentro de un grupo que se hacía llamar “los Extraditables”. Yo había recibido amenazas de muerte del mismo Escobar desde 1982, lo que me hacía temer, con justa razón, un desenlace fatal.

Felizmente, el 25 de enero, una semana después, fui liberado gracias a una acción relámpago de la Policía Nacional en el municipio de El Retiro, en Antioquia. Pero fue un día triste para el país, porque al mismo tiempo “los Extraditables” secuestraron y asesinaron al Procurador General de la Nación, Carlos Mauro Hoyos.

Ese mismo año el M-19 secuestró al dirigente conservador, y también periodista, Álvaro Gómez Hurtado, por cerca de dos meses. Paradójicamente, su liberación marcaría el inicio de un proceso de paz con este grupo, bajo el gobierno de Virgilio Barco, que culminó con su desmovilización en 1990.

De retorno al escenario público después de mi secuestro, fui elegido Alcalde de Bogotá, y ejercí el cargo entre junio de 1988 y junio de 1990.

Los temas del narcotráfico y la drogadicción siguieron estando a la cabeza de mis preocupaciones. En 1989 propuse realizar una reunión de alcaldes de capitales de América Latina, de Estados Unidos y de Europa para intercambiar experiencias sobre estos temas, la cual se realizó en Nueva York, con la acogida del alcalde de esta ciudad, Edward Koch. Tres meses más tarde, en la Conferencia Anual de Alcaldes de los Estados Unidos, en Charleston, pude plantear con toda claridad un tema que desde entonces ha sido recurrente en mi vida pública: la responsabilidad compartida como principio para combatir el problema mundial de las drogas.

El narcotráfico, entre tanto, daría su estoque mayor a la democracia colombiana con el asesinato, en 1989, de la más renovadora y popular figura dentro del partido liberal después de Jorge Eliécer Gaitán: Luis Carlos Galán, un prominente y joven político santandereano que había sido Ministro de Educación en el Gobierno de mi padre. Ocho meses después las fuerzas oscuras seguirían su carrera de muerte y cobrarían la vida de Carlos Pizarro, el líder del desmovilizado M-19 y su primer candidato presidencial.

Como Alcalde tuve que enfrentar una de las más difíciles situaciones de seguridad que haya vivido Bogotá en toda su historia: los atentados terroristas de “los Extraditables”, una época que pasó a la historia como la época del “narco-terrorismo”. Sucesos sangrientos y terribles que dejaron numerosas víctimas, como la bomba frente al Centro 93 o la que destruyó las instalaciones del DAS en Bogotá, nos obligaron a convocar la ciudadanía a enfrentar unida, con colaboración y serenidad, estos duros embates contra su vida y su tranquilidad.

También tuve oportunidad de devolverle a los bogotanos un sentido de pertenencia a su ciudad que tal vez habían perdido desde los aciagos hechos del 9 de abril de 1948. Me llamaron el “Alcalde Rockero” porque promoví el “Concierto de Conciertos”, un multitudinario espectáculo musical en el que un público alegre colmó el Estadio El Campín y disfrutó la presentación de los mejores grupos de rock en español desde las 6 de la tarde hasta las 6 de la mañana.

No hubo un herido ni un hecho lamentable. Solamente miles de ciudadanos cantando, bailando, aplaudiendo y recuperando su derecho a la alegría. Cuando yo entré al estadio recuerdo el coro de miles de gargantas que habían vuelto a creer en su ciudad: “¡Bogotá, del putas, Bogotá!”. Este lema espontáneo fue, para mí, el símbolo de una nueva era que nacía para una capital que no quería ser más desunida y gris, sino símbolo de tolerancia y de convivencia, una ciudad que hoy sigue renovándose en esa misma dirección.

Algo similar ocurrió con la Troncal de la Caracas, que puse en marcha para ordenar el tráfico urbano y mejorar el desplazamiento de las clases populares hacia y desde sus trabajos, un experimento exitoso que se convirtió en el antecedente del actual sistema de transporte de Transmilenio. Allí, en la Troncal, nuevamente la gente respondía con civismo inusitado y cumplimiento de las reglas frente a una obra concebida en su beneficio.

Culminado mi tiempo en la Alcaldía, fundé un movimiento suprapartidista denominado “Nueva Fuerza Democrática”, y con él llegamos al Senado de la República con el ánimo de generar toda una renovación en la política. Eran los tiempos del “revolcón”, para usar el

término acuñado por el Presidente César Gaviria. En 1991, después de un proceso iniciado por un movimiento estudiantil denominado “la séptima papeleta”, se reunió la Asamblea Nacional Constituyente que dio a luz una nueva Constitución para Colombia.

Esta Asamblea fue la mejor prueba de las bondades de la reconciliación y de las posibilidades de una exitosa inserción política de quienes alguna vez estuvieron alzados en armas. El liberalismo; un movimiento suprapartidista liderado por Álvaro Gómez Hurtado, llamado Movimiento de Salvación Nacional, y el M-19, ahora llamado Alianza Democrática M-19, obtuvieron las mayores votaciones para la Asamblea Constituyente. Fue así como Horacio Serpa Uribe, Álvaro Gómez Hurtado y Antonio Navarro Wolf, representante de sus antiguos captores, co-presidieron la Asamblea en un verdadero gesto democrático y esperanzador. ¡Quién hubiera dicho en 1985, frente a los escombros humeantes del Palacio de Justicia, que esta coexistencia política pudiera ser una realidad!

Misael Pastrana Borrero, por el partido conservador, hizo parte del grupo de constituyentes, haciendo valiosos aportes en el campo del medio ambiente y de los derechos sociales, pero se retiró ante la inminencia de la aprobación de un artículo que prohibía la extradición de nacionales, tal como lo habían exigido con su terrorismo los narcotraficantes.

*“Preferimos una tumba en Colombia a una cárcel en los Estados Unidos”* era el singular lema de “los Extraditables”. Y así ocurrió con muchos de ellos. Mientras Gonzalo Rodríguez Gacha, “el Mexicano”, hacía sido dado de baja en 1989, Pablo Escobar –después de haberse entregado y de haberse escapado, en un bochornoso incidente para el Gobierno, de una cárcel diseñada y adecuada por él mismo- fue muerto por las fuerzas de seguridad en 1993.

Valga recordar que el mismo día en que se celebraron las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente, el 9 de diciembre de 1990, el Gobierno de César Gaviria ordenó un ataque sorpresivo sobre “Casa Verde” en el departamento del Meta, que había sido refugio del Secretariado de las FARC durante muchos años. A pesar de la

contundencia del ataque, otra vez, al igual que en Marquetalia 26 años antes, Tirofijo y sus hombres lograron escapar y se afirmaron en su sentimiento de desconfianza y rencor contra el establecimiento.

En estas condiciones presenté mi nombre como candidato presidencial para el periodo 1994-1998. Lo hice a nombre de la Nueva Fuerza Democrática, con el apoyo integral de mi partido conservador y de una buena cantidad de liberales e independientes que creían en mi proyecto político. Me enfrentaba a Ernesto Samper Pizano, el candidato oficial del partido liberal, que entonces era el partido de Gobierno.

En la primera vuelta electoral obtuvimos prácticamente el mismo número de votos, con una diferencia de apenas 18 mil entre uno y otro, lo que obligó a un esfuerzo mucho mayor en ambas candidaturas frente a los comicios de segunda vuelta. Menos de una semana antes de las elecciones definitivas llegaron a mis manos unos casetes, que me entregó una persona desconocida en Cali, en los que se escuchaban comprometedoras conversaciones telefónicas que parecían probar una gigante infiltración de dineros del Cartel de Cali en la campaña electoral de Samper Pizano.

Preocupado ante el hallazgo, solicité una cita al Presidente de la República, César Gaviria, quien me recibió con su Ministro de Defensa, Rafael Pardo, y les entregué los casetes para que ellos determinaran su autenticidad y, como Gobierno, tomaran las determinaciones que consideraran necesarias.

A los pocos días –y sin que el país aún se hubiera enterado del contenido de los que luego se conocerían como los “narcocasetes”- se llevaron a cabo las elecciones y fui derrotado por el candidato Samper. La posterior divulgación de los mismos por parte de los medios de comunicación habría de dar pie a uno de los procesos judiciales más sonados y más vergonzosos en la historia reciente del país: el Proceso “8.000”, donde se determinó, a ciencia cierta, que sí entraron dineros ilícitos a las arcas de la campaña liberal.

Fue una época particularmente compleja y difícil para mí. No sólo había sido derrotado por una campaña infiltrada por el narcotráfico, sino que un sector de la población consideró que mi conducta era la de un mal perdedor o que denigraba del buen nombre de Colombia, sin tener en cuenta que yo había entregado los casetes antes de las elecciones a las autoridades, que no los usé como argumento a mi favor antes de los comicios y que quien mancha el nombre de Colombia no es quien denuncia un hecho inmoral, sino quien lo comete.

Pude haber impugnado el triunfo y haber generado una confrontación interna, pero primó en mí el sentido de convivencia patriótica, el mismo que inspiró a mis antepasados Joaquín F. Vélez y Carlos Arango Vélez en circunstancias igualmente polémicas.

Preferí dejar el caso en manos de las autoridades y continuar preparándome para dirigir el país con la conciencia de que cuatro años más tarde podría tener una nueva oportunidad, aunque el daño hecho al buen nombre de Colombia tardaría mucho en resanarse.

## **LA MÁS GRANDE APUESTA POR LA PAZ**

### **UN MANDATO Y UNA PROPUESTA:**

Corría el año de 1997 cuando organizaciones no gubernamentales, estudiantiles y cívicas promovieron un movimiento al que llamaron “mandato por la paz”. La idea era que los que estuvieran de acuerdo con que la paz se buscara mediante el diálogo y la negociación depositaran una papeleta extra en las elecciones municipales de octubre con esa instrucción para sus gobernantes. Aunque no hubo un conteo oficial, se calcula que cerca de 10 millones de personas votaron a favor del “mandato por la paz”.

Colombia, entre tanto, vivía un periodo especialmente difícil. Un Presidente dedicado a defenderse, con la visa americana cancelada; un país desprestigiado en el exterior, descertificado y estigmatizado; una guerrilla ofensiva que asestaba golpe tras golpe a las Fuerzas Militares, obteniendo centenares de prisioneros; un narcotráfico que seguía operando por fuera del esquema de los carteles, y un factor de perturbación que creció aceleradamente, como lo fueron los grupos de autodefensa ilegales, creados sobre las bases de los ejércitos privados de los grandes narcotraficantes y dedicados a las masacres y la exterminación de toda persona a la que se imputara vínculos con la guerrilla.

Y la lista de magnicidios siguió creciendo: Álvaro Gómez Hurtado, prácticamente retirado de la actividad pública y crítico agudo del régimen oficial, fue asesinado en 1995 en extrañas circunstancias que nunca, hasta la fecha, se han aclarado.

También murió mi padre, el ex-Presidente Misael Pastrana Borrero, víctima de una penosa enfermedad, el 21 de agosto de 1997, a la edad de 73 años y después de haber liderado, durante el último curso de su vida, a su Partido Conservador en las riberas de la oposición patriótica durante los tres gobiernos liberales que se sucedieron desde 1986. Murió con la tristeza de ver a su país, el que él ayudó a engrandecer desde los valores del entendimiento, la concordia y el

diálogo, enfrentado a un entorno de desprestigio y desesperanza como pocas veces en su historia.

En dichas circunstancias, presenté nuevamente mi candidatura a la Presidencia de la República para el periodo 1998-2002, con el aval de mi partido, que la escogió mayoritariamente en la Convención Conservadora, y el acompañamiento de un amplio bloque de liberales e independientes, que conformaron lo que llamamos “la Gran Alianza por el Cambio”.

En esta oportunidad me enfrenté al candidato del oficialismo liberal, Horacio Serpa Uribe, quien había sido Ministro del Interior y principal defensor de la cuestionada Administración Samper.

El país tuvo que decidir, de esta forma, entre dos propuestas que simbolizaban dos extremos opuestos: el continuismo o el cambio.

Mi parábola vital, lo que aprendí de la experiencia de mis antepasados, el pensamiento que forjé en mis años de periodista, de concejal, de alcalde, de senador y de candidato, me permitieron hacerle al país una propuesta de paz clara y coherente, basada en mi profunda y arraigada convicción en el diálogo como único medio para alcanzarla.

Esa propuesta la presenté de manera integral el 8 de junio de 1998, antes de los comicios de segunda vuelta, en un trascendental discurso pronunciado en el Hotel Tequendama de Bogotá.

Entonces expuse mi visión de trabajo por la paz en 20 puntos concretos que incluían, entre otros compromisos: el respeto a la Constitución y el Estado de Derecho, la creación de zonas de distensión como espacios para la paz, la internacionalización de la paz para ganar la guerra, un plan de emergencia social, la recuperación del monopolio efectivo de la fuerza por parte del Estado, la erradicación de los narcocultivos, mano dura contra los grupos de autodefensa ilegales, la aceptación de los postulados del mandato por la paz como un mandato para mi gobierno, y un liderazgo presidencial directo en todo el proceso de búsqueda de la paz.

Dije en esa ocasión: *“La paz no tiene fórmulas mágicas, ni es asunto de una sola persona. El enfoque que propongo parte de la cruda realidad que hoy nos agobia. Hay que frenar la barbarie, defender la vida de los colombianos y parar el conflicto. Entiendo que la paz no es sólo asunto de voluntades, ni de la del Gobierno ni de la de los alzados en armas, sino que es necesario construirla. Con este fin, propongo reconstruir el Estado y recuperar la confianza de los ciudadanos en él”*.

Por esos días, un cercano colaborador y hombre de mi campaña, el doctor Víctor G. Ricardo, se reunió con el líder de las FARC, “Manuel Marulanda Vélez”, quien manifestó su interés en hablar personalmente conmigo y en iniciar un proceso de paz serio en un eventual Gobierno mío.

Con este mandato, esta propuesta y estas circunstancias, el pueblo colombiano me escogió el 21 de junio de 1998 como su Presidente constitucional con una votación superior a los seis millones de votos, la más alta alcanzada por candidato alguno hasta ese momento en la historia del país.

Ese día sólo pude pensar: *“Durante cuatro años el destino del país estará entre tus manos. ¡De ti dependerá todo! ¡De ti dependerá que cumplas con lo prometido!”*.

## **LANZANDO LA PAZ:**

El 3 de julio, ya en mi condición de Presidente electo del país, y ante la sorpresa general, me reuní en algún lugar de las montañas de Colombia con el legendario “Tirofijo”, o “Manuel Marulanda”, para establecer los primeros acuerdos de lo que sería el proceso de paz con las FARC durante mi Gobierno.

Fue el primero de varios actos audaces que estuve dispuesto a dar para avanzar hacia la consecución del más grande anhelo nacional. Ir a sus campamentos, sin seguridad de ninguna clase, fue una forma de

demostrarles, a la guerrilla y al país, que mi voluntad de paz era seria y que estaba dispuesto a apostar todo, a arriesgarlo todo, por este propósito.

Se trataba también de recuperar la confianza entre el establecimiento, representado por el futuro máximo representante de la nación, y la guerrilla.

El “Manuel Marulanda” que encontré en el monte era un hombre que parecía dispuesto al diálogo, pero que estaba también marcado por años y décadas de desconfianza hacia las instituciones colombianas y sus líderes. No obstante, lo que forjamos en esa primera reunión de julio fue, más que nada, una corriente de confianza personal que pudiera servir de garante para el desarrollo de un proceso complejo y lleno de dificultades.

Allí hablamos del establecimiento de una Zona de Distensión dentro del territorio nacional donde pudieran concentrarse los negociadores de la guerrilla con toda seguridad y pudiéramos llevar a cabo el proceso. Allí hablamos de la urgencia de que la guerrilla rompiera sus vínculos, cada vez más cercanos, con el narcotráfico y apoyara procesos de erradicación voluntaria de cultivos ilícitos. En suma: establecimos en borrador los puntos esenciales de lo que iba a ser el proceso más grande y más auténtico jamás intentado para lograr la paz con la agrupación subversiva más antigua, no sólo de Colombia, sino de todo el continente.

El 7 de agosto de 1998 asumí ante mi pueblo la mayor y más honrosa responsabilidad de mi vida: la Presidencia de la República de Colombia.

En mi discurso de posesión planteé así el tema de la paz:

*“El muy sabio refranero español lo dijo: ‘Sin paz no hay pan’. Por eso, ante todo, quiero la paz, que es paz y pan. Y es la tierra prometida que anhelamos: una Colombia en paz.*

*“El Presidente de la República asume directamente el liderazgo irrenunciable de construir la paz. (...) Para todos debe ser claro que recuperaré para el Estado el monopolio de la fuerza para la paz, la justicia social y la felicidad de los colombianos. Cada minuto que ahorremos en la guerra es una inversión en la vida. La cooperación internacional en nuestros procesos de paz no debe verse como la incapacidad de construirla solos, sino como una nueva manera de hacer la paz”.*

Así comenzamos, y por esa senda transitamos. No pretendo hacer aquí un pormenorizado recuento cronológico del proceso, con sus altos y bajos, pues esa tarea corresponde a los informes de Gobierno y no a este ejercicio de reflexión sobre “lo que yo sé de la paz” que me he propuesto en este escrito. Quisiera, mejor, contar, de la forma más sucinta posible, cómo concebí este proceso de paz en una forma integral, cómo avancé de la mano de todos los colombianos y de la comunidad internacional en esta búsqueda obstinada e incesante por la reconciliación, y qué nos ha dejado este esfuerzo, el más gigantesco jamás realizado en Colombia tras el sueño de la paz.

### **UNA PAZ INTEGRAL:**

La paz, en un país como Colombia sometido a inmensas tensiones sociales e históricas, con el enorme desafío de avanzar hacia una mayor justicia social, no podía reducirse únicamente a los procesos de negociación con dos grupos guerrilleros.

El nuestro no es solamente un conflicto de ideologías políticas. En Colombia conviven y se entremezclan un conflicto armado interno que surgió hace cuatro o cinco décadas (según el punto de origen que se le quiera dar: el “Bogotazo” en 1948 o Marquetalia en 1964) con el problema mundial de producción, comercio y consumo de drogas ilícitas que apareció en la década del setenta y se incrementó a partir de la década del ochenta, transformando, con sus inmensos recursos, la naturaleza del conflicto.

Para trabajar sobre esta compleja situación no se podía acudir únicamente a una estrategia, sino que había que combinar varios mecanismos que nos colocaran en el camino de las soluciones. La paz requiere un trabajo simultáneo en los frentes social, internacional y de seguridad, en el que me empeñé con toda decisión.

### **La “Diplomacia por la Paz”.**

Como Jefe de Estado asumí personalmente la tarea de recuperar la comprometida dignidad de Colombia ante el mundo y de convocar el respaldo internacional en nuestra lucha contra el narcotráfico, que es un problema mundial, y en nuestros esfuerzos por alcanzar la paz.

Felizmente, se lograron los objetivos. La comunidad internacional, en desarrollo del principio de responsabilidad compartida en el tema de las drogas, entendió que no podía dejar a Colombia sola y se hizo presente de muchas maneras.

Diseñamos en el Gobierno el llamado “Plan Colombia”, la estrategia integral de fortalecimiento del Estado y de inversión social más grande en la historia del país, y obtuvimos más de 3.600 millones de dólares de aportes del exterior para su consolidación. Además, se puso en marcha el Grupo de Apoyo al Proceso de Paz conformado por la Unión Europea, Estados Unidos, Canadá, Noruega, Suiza, Japón, varias naciones latinoamericanas y organismos multilaterales, a través del cual se canalizaron importantes aportes para programas sociales y de sustitución voluntaria de cultivos ilícitos.

Por otra parte, la comunidad internacional participó directamente en el proceso de paz, como facilitadora y acompañante, a través de grupos de países amigos que se hicieron presentes en diversos momentos de la negociación y que buscaron colaborar activamente en las situaciones de crisis.

### **La lucha contra el problema mundial de las drogas.**

Como lo hice desde mis tiempos de periodista y luego como Alcalde de Bogotá, también como Presidente comprometí mis acciones en una estrategia contra el negocio de las drogas ilícitas, que se ha convertido en el principal financiador de la violencia en nuestro país y en el mundo entero.

Con cooperación internacional y con la decidida actuación de nuestra Fuerza Pública se erradicaron durante mi mandato más de 220 mil hectáreas de coca y más de 25 mil hectáreas de amapola; se realizaron programas de sustitución de cultivos con miles de familias campesinas e indígenas en lugares antes abandonados por el Estado, como el Putumayo; se hizo énfasis a nivel internacional sobre la urgencia de incrementar el control del lavado de activos, el comercio de precursores químicos y de armas, y se enfrentó con contundencia la criminalidad asociada a este negocio.

Luchar contra el narcotráfico es luchar contra la base financiera misma de la violencia en nuestro país.

### **La inversión social.**

El día de mi posesión recordé la frase que dice: *“Sin paz no hay pan”*. Pero también es cierto que *“sin pan no hay paz”*. No podíamos pretender negociar la paz si al mismo tiempo no enfrentábamos con un plan social de emergencia la grave situación de abandono de millones de colombianos, sobre todo los ubicados en las zonas de conflicto o las zonas más remotas del país.

Dentro del Plan Colombia, por eso, destinamos cerca del 75% de sus fondos, que ascendieron a 7.500 millones de dólares, a programas con énfasis social. Con programas como “Familias en Acción”, “Empleo en Acción”, “Vías para la Paz”, “Jóvenes en Acción” y “Obras para la Paz-Gestión Comunitaria” llevamos subsidios directos a las familias más pobres, generamos empleo en la construcción de obras de infraestructura social y capacitamos a los jóvenes en los trabajos más solicitados por el mercado laboral, entre otros logros importantes.

Por otra parte, en el más ambicioso programa de vivienda social de los últimos tiempos, entregamos subsidios de vivienda a más de 370 mil familias de bajos recursos por un valor superior a los 2.2 billones de pesos.

### **Fortalecimiento de las Fuerzas Armadas.**

Estoy convencido de que el logro de una paz cierta, fundada en el Estado de Derecho, pasa por la consolidación de unas fuerzas legítimas de la institucionalidad modernas, capacitadas y respetuosas de los derechos humanos y el derecho internacional humanitario.

Como lo dijo mi padre antes de su posesión: “*Sin seguridad no se puede experimentar la paz ni la justicia*”. Por eso, durante mi Gobierno, fortalecí y modernicé la Fuerza Pública como nunca antes en su historia, creando no sólo un Ejército fuerte para contener la arremetida de los violentos contra la población, sino un Ejército comprometido y listo para defender y consolidar la paz.

Con este cometido, se incrementó el pie de fuerza de 79 mil soldados a 150 mil, con especial énfasis en los soldados profesionales que se incrementaron en un 150%. Se duplicó el número de helicópteros de transporte y cuadruplicó el número de helicópteros artillados, y se crearon brigadas con mayor movilidad para garantizar la presencia efectiva de los uniformados en cualquier situación de peligro.

Además, actualizamos el marco legal de la Fuerza Pública y creamos toda una cultura de respeto a los derechos humanos y el derecho internacional humanitario entre sus integrantes, que cada día se acercan más a la población civil y que han mostrado efectivos resultados en la lucha contra los grupos de autodefensa ilegales, a cuya actividad se les ha pretendido vincular.

### **La participación de todos en el tema de la paz.**

Los colombianos, antes de este proceso integral, estaban acostumbrados a ver el tema de la paz y el conflicto interno como algo ajeno a sus preocupaciones, una lucha entre militares y guerrilleros que los afectaba pero cuya solución no les concernía.

Durante mi administración la convocatoria por la paz alcanzó los corazones y mentes de todos. Se realizaron marchas multitudinarias por la paz, se formaron agrupaciones dedicadas al tema, se participó en audiencias públicas durante la ronda de negociaciones, en fin, se tomó conciencia de que la búsqueda de la paz no es asunto exclusivo de un Gobierno sino compromiso total de un país.

### **EL PROCESO CON LAS FARC:**

Por supuesto, elemento fundamental de la estrategia integral de paz fue el proceso de diálogo y de negociación con las FARC.

Tal como lo había propuesto como candidato desde mi discurso del Tequendama, en octubre de 1998 decreté una Zona de Distensión para adelantar los diálogos con esta organización en los municipios de Mesetas, La Uribe, La Macarena y Vista Hermosa, en el departamento del Meta, y San Vicente del Caguán, en el departamento del Caquetá.

El 7 de enero de 1999 fui como Presidente de la República a San Vicente del Caguán, junto con las altas autoridades del Estado, a instalar la Mesa Nacional de Diálogos. No había personal del Ejército en este municipio, sino tan sólo hombres armados de las FARC, pero asistí con la convicción de que mi compromiso estaba por encima de mi seguridad.

Extrañamente, el que sí alegó temores de seguridad para asistir fue el jefe de las FARC, Manuel Marulanda, quien dejó su discurso en manos de uno de sus lugartenientes y una simbólica silla vacía al lado mío en la mesa de instalación. El país y el mundo entero contemplaron la imagen de un Presidente solitario decidido a continuar por el camino de la paz, pese a la inconsistencia de la contraparte. Sentí, en ese momento, que el proceso iba a ser aún más difícil que lo pensado,

pero que debíamos continuar y llevarlo a un punto de no retorno donde la desconfianza se tradujera al fin en un deseo de construir.

A ese “desencuentro” siguieron otros dos encuentros que sostuve con Marulanda, uno el 2 de mayo de 1999, cuando suscribimos el “Acuerdo de Caquetania”, y otro el 8 y 9 de febrero de 2001 cuando se alcanzó el “Acuerdo de los Pozos”, ambos destinados a desempantanar las negociaciones y dar mayor celeridad y efectividad al proceso.

En todas estas oportunidades estuve, literalmente, en manos de las FARC, custodiado y rodeado por sus hombres, pero con la firme decisión de arriesgarlo todo para salvar un proceso en el que teníamos cifradas nuestras esperanzas.

Se lograron hitos fundamentales a donde jamás se había llegado en una negociación de este tipo:

Se acordó una completa agenda temática de negociación y se comenzaron a debatir los primeros puntos, con el concurso de la sociedad civil. En este proceso de discusión se surtieron Audiencias Públicas en la misma Zona de Distensión donde presentaron sus ponencias más de 1.100 personas de todos los sectores y se hicieron presentes más de 24 mil, sin contar con los millones que siguieron sus deliberaciones por televisión. Además, se realizó en junio de 2000 la primera Audiencia Pública Internacional sobre Sustitución de Cultivos y Medio Ambiente con la participación de representantes de 21 Estados del mundo. Y algo muy importante, y sin precedentes en la historia nacional: se firmó un Acuerdo Humanitario en virtud del cual 350 militares y policías retenidos por las FARC fueron puestos en libertad y volvieron al seno de sus familias.

La participación de la sociedad nacional, de la clase política, de los empresarios y académicos del país en todo este proceso lo dotó de una legitimidad aún mayor, pues no fue sólo un Gobierno, sino todo un pueblo el que participó en este esfuerzo sin precedentes en Colombia.

Desde el primer momento, cuando apenas se discutía la agenda temática, hasta la etapa de negociación, siempre estuvieron en las mesas de discusión con la guerrilla representantes destacados de los diversos campos de la vida social. María Emma Mejía, Luis Guillermo Giraldo y Alfonso López Caballero, representantes políticos liberales; Fabio Valencia Cossio y Juan Gabriel Uribe, conservadores; la iglesia a través de jerarcas como Monseñor Alberto Giraldo y Monseñor Luis Augusto Castro; militares retirados, como el General José Gonzalo Forero; empresarios, como Nicanor Restrepo, Pedro Gómez y Ramón de la Torre; artistas; intelectuales; sindicalistas, entre muchos otros, formaron parte de comisiones, comités y consejos que participaron activamente en el desarrollo del proceso de paz.

Fueron muchos los que viajaron al Caguán y debatieron libremente con los guerrilleros, incluyendo los candidatos a sucederme en la Presidencia de la República. Fueron muchos también los que asistieron a la Casa de Nariño a discutir con los funcionarios gubernamentales aspectos metodológicos o sustanciales.

Especial importancia tuvieron, como organismos consultores, el Consejo Nacional de Paz compuesto por cerca de 60 personas, entre delegados del Gobierno, del Congreso, la Iglesia, la sociedad civil, las organizaciones sindicales, los alcaldes y gobernadores, el cual se reunió en once oportunidades para hacer seguimiento al proceso, y el Frente Común por la Paz y contra la Violencia, donde tenían asiento los jefes de los principales partidos y movimientos políticos, con el cual se consultaron las decisiones más críticas.

No se trató, entonces, de un proceso a espaldas de la nación, sino, todo lo contrario, de un proceso que convocó y reunió a la nación en torno a la consecución de un gran propósito nacional. Incluso, importantes empresarios y dignatarios de otros países, y representantes de gobiernos extranjeros y de organismos multilaterales, hicieron del Caguán una escala en sus viajes para conocer de cerca la posición de la guerrilla e intercambiar opiniones.

Si lo que queríamos hacer era vincular a las FARC a un proceso que desembocara en su incorporación a la vida política y pacífica del país,

teníamos que comenzar por acercarlas a la nación y al mundo, de los que se habían aislado en medio de su lucha.

Con este objetivo, se realizó a comienzos del año 2000 una gira de negociadores de la guerrilla, acompañados por negociadores del Gobierno, por Suecia, Noruega, Italia, El Vaticano, Suiza, España y Francia, para confrontar y conocer directamente otras experiencias que pudieran servir de modelo para la discusión del primer bloque temático de la agenda de negociación. Fue, sin duda, una experiencia única en el mundo, en la que los representantes del Estado y los representantes de una insurgenciaalzada en armas contra él presentaron conjuntamente ante países extranjeros su proceso de paz y convivieron por varios días en medio de un ambiente cordial que auguraba futuros avances en el proceso.

Sin embargo, en medio de todos estos logros, la voluntad de las FARC por avanzar hacia acuerdos concretos que sacaran de los efectos del conflicto a la población civil no se concretaba. Este grupo insistió siempre en negociar en medio de la guerra, una condición que tuvimos que aceptar inicialmente, pero que cada día más resultaba insostenible. Ni el país ni el mundo entendían que, mientras en el Caguán se hablaba de economía y empleo, en el resto del país las FARC se dedicaran sistemáticamente al secuestro, a la extorsión, a la voladura de infraestructura energética, al asesinato, a la siembra de minas antipersonales y al infame ataque con cilindros de gas contra pequeñas poblaciones humildes, donde arrasaban con casas, hospitales, escuelas y centros de cultura contruidos con inmenso sacrificio.

Un hecho que me dolió de manera especial fue el asesinato a sangre fría de mi excelente amiga, que fue Ministra de Cultura durante mi administración y que era, además, esposa del Procurador General de la Nación, y alma y fundadora del Festival Vallenato que alegra cada año las tierras del Cesar: Consuelo Araújonoguera. No sólo la secuestraron, sino que, cuando se vieron presionados por la persecución de la Fuerza Pública, prefirieron matarla a dejarla en libertad. Fue un acto de crueldad y cobardía que estremeció a Colombia y todavía nos conmueve.

Era, entonces, urgente firmar un Acuerdo de Cese del Fuego y de Hostilidades. Se intercambiaron documentos al respecto, pero las FARC dilataban las negociaciones del mismo exigiendo resultados - que sí había- en la lucha contra los grupos de autodefensa o unas garantías –que sí había- para su estadía en una zona de distensión sobre la cual cada día crecían los indicios de que estaba siendo utilizada como centro de cultivo, procesamiento y envío de drogas y como refugio seguro para los secuestros.

La situación hizo crisis en enero de 2002, cuando las FARC insistieron en congelar las conversaciones por la supuesta falta de garantías. El Gobierno se plantó en una posición fuerte que culminó, con la intervención de la comunidad internacional y el delegado del Secretario General de las Naciones Unidas, en la firma de un cronograma concreto para llegar a un acuerdo de cese al fuego. El esquema de “negociación en medio del conflicto” tenía que terminar.

Pero las FARC borrarón con los hechos lo que escribieron en el papel. Después de la firma del cronograma se intensificaron los atentados terroristas, que alcanzaron los 117 en tan sólo 30 días. Fueron 4 carros-bomba; 5 ataques a instalaciones; 7 campos minados; el homicidio de 20 civiles, incluyendo mujeres y niños; la voladura de 33 torres de energía, de 2 tramos del oleoducto, de tres puentes, entre otros actos de barbarie. Incluso llegaron a atentar contra los servicios más básicos de los colombianos, como el agua.

El secuestro en pleno vuelo de un avión comercial para privar de la libertad a un senador de la República –ya tenían secuestrados a otros 4 congresistas- y la voladura de un puente en Antioquia que ocasionó el accidente de una ambulancia, con un saldo de tres víctimas mortales, incluyendo una madre en trabajo de parto, fueron la gota que colmó la copa de la indignación no sólo del Gobierno, sino de todos los colombianos.

Se había intentado todo. Se había buscado construir confianza. Se había apostado con decisión a la paz, asumiendo todos los riesgos. Pero la conducta terrorista de las FARC determinó la terminación de

un proceso en el que faltó, justamente, su voluntad para llevarlo a buen término.

No se podía llegar a la paz con un arma apuntando la cabeza de todos los colombianos. No se podía llegar a la paz mientras el ala guerrerrista dentro de las FARC primara sobre su ala política. No se podía llegar a la paz si los que se benefician de los grandes ingresos que dejan la droga y el secuestro no estaban dispuestos a sacrificarlos a cambio de devolver la tranquilidad a sus compatriotas.

Por otra parte, el ataque contra las Torres Gemelas en Nueva York y el Pentágono en Washington ocurrido el 11 de septiembre de 2001 había despertado la sensibilidad y el consenso del mundo contra el terrorismo. No obstante, las FARC no entendieron la nueva solidaridad que este hecho despertó en la comunidad internacional. No entendieron que el terrorismo jamás sería aceptado como forma de lucha y que no habría ninguna tolerancia con él.

El 20 de febrero de 2001, cuando llegó a su fin el proceso de paz, mis palabras indignadas y realistas fueron éstas:

*“Después de los terribles sucesos del 11 de septiembre del año pasado yo se lo dije a la guerrilla en varias ocasiones, incluso desde el mismo foro de las Naciones Unidas: A ellos les correspondía definirse con sus actos: O son un grupo de insurgencia política o son una organización terrorista. O se respeta la vida y dignidad del ser humano, o no se las respeta, como es el caso de las infracciones al Derecho Internacional Humanitario.*

*“Tristemente, hoy son ellas las que han firmado su propia definición y ya nadie puede dudar de que, entre política y terrorismo, las FARC optaron por el terrorismo”.*

Pero también dije lo siguiente, que resume mi convicción y mi esperanza: *“El libro de la paz sigue abierto y sólo se cerrará el día en que la alcancemos”.*

El libro sigue abierto, como lo estuvo mi voluntad de diálogo hasta el último momento. Sin embargo, el ala guerrillera de las FARC tomó el control de este grupo, haciéndole perder los últimos resquicios de reivindicación popular que pudiera haber tenido.

En medio de carros-bomba, de bicicletas-bomba, de cadáveres-bomba, de petardos en las vías más concurridas de Bogotá, de asesinatos y secuestros selectivos y colectivos, de ataques contra poblaciones, las FARC alcanzaron la cumbre del horror cuando, en mayo de 2002, atacaron con cilindros de gas cargados de dinamita a una humilde y apartada población del Chocó llamada Bojayá. Allí los habitantes, mujeres y niños, se agruparon en la iglesia del pueblo buscando refugio y allí fueron masacrados por las FARC. Ciento diecinueve muertos y un número similar de heridos, la mitad de ellos niños, fue el saldo trágico de un genocidio que no se borra ni se borrará de la memoria nacional.

¿Dónde perdió el norte y la razón este grupo que alguna vez, hace muchos años, defendía las tesis igualitarias de Marx y exigía una reforma agraria? ¿En qué momento voltearon sus armas y su odio contra su propio pueblo?

Yo cumplí, como seguiré cumpliendo, con mi convicción de paz. Cumplí con el mandato popular de más de 10 millones de colombianos que me ordenaron trabajar por la paz a través de una negociación política. Pero, como dice el refrán popular, para hablar se necesitan dos, y por esta vez las FARC tampoco quisieron jugar la carta de la paz.

## **APROXIMACIONES CON EL ELN:**

En cuanto al Ejército de Liberación Nacional, la historia tiene ribetes diferentes pero un denominador común: el terrorismo al que tampoco ha renunciado este grupo.

Cuando recibí el Gobierno no había en marcha un proceso oficial de aproximaciones con el ELN, pero sí se habían surtido importantes pasos a través de la gestión de la sociedad civil.

Quisimos seguirlos, e hicimos esfuerzos de diálogo destinados a convocar una Convención Nacional para lograr acuerdos con esta agrupación. No obstante, su insistencia en el terrorismo abortaba continuamente los esfuerzos realizados.

En su reiterado accionar contra el oleoducto y la infraestructura energética, el ELN causó, en octubre de 1998, el incendio y calcinamiento de una humilde población llamada Machuca, en Antioquia, y de 70 de sus habitantes, que perecieron en esta tragedia humanitaria. También secuestró, en 1999, un avión de Avianca con sus 46 ocupantes y a decenas de feligreses que asistían a una misa dominical a las afueras Cali en la iglesia de “La María”, entre otros actos dirigidos contra la población.

Con acciones terroristas como éstas, las conversaciones demoraron en comenzar en firme. No obstante, insistimos en ellas y estuvimos estudiando por mucho tiempo la creación de una Zona de Diálogo, con la dificultad de que este grupo insistió en ubicarla en municipios del sur del departamento de Bolívar, donde sus habitantes se negaban rotundamente a recibirlos. Se buscaron muchas alternativas, pero ninguna prosperó y, de esta manera, lo único que se pudo hacer es adelantar un principio de acuerdo y de conversaciones para disminuir la intensidad del conflicto y sacar a la población civil del mismo en La Habana, Cuba. A pesar de este esfuerzo, el 31 de mayo de 2002 tuve que anunciar a la nación, ante la intransigencia e inconsistencia de este grupo, la suspensión de los diálogos.

Tristemente, el ELN, con mejores herramientas ideológicas para entender el nuevo curso de los tiempos y superar un anacrónico discurso de revolución violenta, no lo ha hecho todavía. Pero tampoco perdemos la esperanza de que, más pronto que tarde, ingrese por el único camino que hay para la paz: el del diálogo con verdadera voluntad de paz.

## **LO QUE NOS DEJA EL PROCESO:**

Muchos pensarán, al leer estas apretadas memorias de lo que fue un esfuerzo continuo por alcanzar la reconciliación entre los colombianos, que se perdió el tiempo y que no avanzamos nada.

Yo pienso, mirando hacia atrás, que toda experiencia deja enseñanzas que tenemos que aquilatar y depurar con el tiempo.

No tengo ninguna duda de que el proceso de paz que intentamos, con los aciertos y errores que hayamos cometido, era un proceso absolutamente imprescindible, independientemente de su resultado. Era necesario intentar la paz por la vía del diálogo, como un imperativo moral. Y había que hacerlo de forma genuina, poniendo sin temor todas las fichas en la casilla de la paz, con total decisión, para que la paz, de verdad, tuviera una oportunidad.

Se podía lograr la paz, que era el objetivo. Pero, de no lograrse, quedaría la certeza de que se había intentado todo, y con total honestidad, para alcanzarla.

Hasta ahora siguen ganando los guerreristas dentro de las filas de la guerrilla, los que han tomado la nefasta opción del terrorismo. Pero siempre es posible que algún día aquellos que aún quedan con conciencia social y política tomen el control y vuelvan a apostar, con verdadera voluntad, a una salida negociada.

¿Qué tenemos hoy?

Una guerrilla completamente desprestigiada y sin ningún respaldo popular. Vale decir, la guerrilla, ella sola, se ha propinado la más grande derrota política de toda su historia.

A nivel internacional, la derrota política es igual de grande. La guerrilla, con su actitud terrorista, ha sido desenmascarada ante el mundo, que ya no la ve como una figura mítica y romántica, como los

“robin hood” de los oprimidos en Colombia, como los sucesores de los ideales justicieros del Che y Camilo Torres.

Hoy resulta claro que sus intereses están contaminados por los intereses del narcotráfico y que la violencia ejercida contra sus propios compatriotas y contra un sistema democrático que, a diferencia de ellos, respeta los derechos humanos y el derecho internacional humanitario, carece de todo sentido.

También nos quedan unas Fuerzas Armadas más profesionales, más modernas y más fuertes que nunca, comprometidas con la defensa del pueblo colombiano en el marco de la ley y la justicia.

Y nos queda, incluso, una Agenda Temática con temas fundamentales para el país, una Agenda que se acordó entre el Gobierno, la sociedad civil y la guerrilla, y que puede servir de base para continuar consolidando las reformas que demanda el pueblo colombiano para alcanzar una mayor justicia social.

Quisiera, -yo más que nadie-, que estas reflexiones terminaran con la narración sobre cómo se logró el más caro anhelo de todos los colombianos. No llegamos a este fin por la ciega obstinación de la guerrilla en la violencia. Pero sí me queda la satisfacción de haberlo intentado todo, apegado a mi convicción personal de que sólo por medios pacíficos se alcanza una paz cierta y duradera.

Mi esposa Nohra fue mi fortaleza en todo este camino; mis hijos Santiago, Laura y Valentina fueron mi inspiración. Conté con el apoyo y la entrega patriótica de Víctor G. Ricardo y Camilo Gómez, como Altos Comisionados de Paz, a quienes el país les debe el mayor agradecimiento por su generoso esfuerzo y su trabajo incesante. Muchos más colaboraron, que no alcanzo a nombrar individualmente. Les queda el orgullo de haberlo dado todo por el futuro de su pueblo.

No llegamos a la meta, pero caminamos un gran trecho, una difícil y empinada cuesta, para acercarnos a ella. Y no dudo de que, tarde o temprano, la alcanzaremos.

## **UN PAÍS POSIBLE**

Yo no renuncio y Colombia no renuncia a lograr la paz, ni a trabajar por este propósito de vida.

Misael Pastrana Borrero dijo el 7 de agosto de 1970: *“La fortaleza de un pueblo depende de su capacidad de reflexión sobre el porvenir”*.

Tenemos que aprender del pasado, pero tenemos también que repensar el futuro, para que recuperemos, entre todos, nuestro derecho a la esperanza.

En la década de los 60's e, incluso, en los 70's, Colombia tenía, quizás, menos progreso, pero más paz. Colombia era un país colmado de posibilidades, aferrado a la democracia en medio de un continente plagado de dictaduras y represión, cuyos mayores escándalos eran propiciados por la irreverencia de los nadaístas y cuyo mejor recuerdo se centraba en la visita de Su Santidad Pablo VI.

Colombia era caminable, era transitable, era amable y pacífica, en medio de paisajes cambiantes, del olor a pasto de la tierra caliente, de las sonrisas y la bienvenida de los pobladores.

Yo recuerdo mi niñez, cuando jugábamos fútbol en la calle o en los parques sin miedo a los atracos o los secuestros; cuando andábamos la ciudad en bicicleta; cuando el plan cotidiano era pasar la tarde en la casa de cualquier amigo, tomando onces y escuchando música, y cuando las familias salían de vacaciones, viajando por carretera hacia la Costa, los Llanos o el sur del país, parando en cada pueblo o ciudad.

Eran los tiempos del tren, cuando la locomotora nos llevaba de paseo a El Ocaso o La Esperanza, e incluso nos acercaba, entre pitos y estallidos de humo, hasta Santa Marta, en el famoso “Expreso del Sol”. Eran los tiempos de la convivencia.

Hoy pienso en mis hijos y mi esposa, como piensan en su familia todos los colombianos, y quisiera que pudiera vivir un país amable y grato como ese. Los veo a mi lado, confiando en el futuro a pesar de las dificultades de la violencia, y me convengo de que la lucha que emprendí vale la pena. Ellos tienen, los hijos de todos los colombianos tienen, derecho a un porvenir sin violencia ni miedo ni inseguridad. Sé que han pasado cuatro años de arduo e incesante trabajo, pero sé también que queda una vida entera para seguir buscando ese ideal.

Colombia sigue floreciendo y trabajando y creciendo por encima de las balas y las bombas de los terroristas. La capacidad y el talento del pueblo colombiano no tiene límites y, mientras haya vida, persistiremos en luchar por preservar su dignidad y su carácter sagrado.

El 26 de abril del año 2000, en Valledupar, más exactamente en la famosa Tarima “Francisco el Hombre”, con mi recordada amiga Consuelo Araújonoguera a mi lado, pronuncié unas palabras en la inauguración del Festival Vallenato, que en dicho año se celebraba en homenaje a nuestro Nóbel Gabriel García Márquez.

Entonces yo cerré mi discurso con un párrafo en el que resumí, utilizando el nombre de las obras de Gabo, ese país que todos aspiramos a vivir y que tenemos el derecho y el deber de construir.

Termino estas reflexiones con esas mismas palabras que nos hacen imaginar, con la simbología de Macondo, un futuro posible para un país posible:

*“Yo sueño, todos soñamos, con un país donde predomine el color amarillo de las mariposas de Mauricio Babilonia y no el rojo sangre de la violencia. Yo sueño una Colombia con mucho trabajo pero también con alegres parrandas. Yo sueño un país donde el coronel sí tenga quien les escriba, donde Eréndira escape de la violencia intrafamiliar, donde los corruptos vivan su otoño y los honestos su primavera, donde no haya más muertes anunciadas ni noticias de un secuestro, donde todas las horas sean buenas, donde vivamos el amor y no sólo*

*en los tiempos del cólera, donde respiremos el olor de la guayaba y oigamos vallenatos, que es la música del alma colombiana.*

*“¡Entre todos podemos escapar a la condena de otros cien años de soledad y podemos encontrar una segunda oportunidad sobre la tierra!”*